

dad de Dios. El río de Dios está rebosando en aguas (1). Vienen trayendo en su corriente estas aguas el vigor y fortaleza, porque son impetuosas y abundantes como las del Eufrates (2); la elevación del alma, porque ellas levantaron su voz, alzaron el sonido de sus olas (3); la luz, en fin, y la clara inteligencia de profundos y altísimos misterios, porque ese río espléndido es como el cristal y mana del solio de Dios y del Corde-ro» (4). ¿Cuándo pueden hallar entrada en nosotros los consuelos de la tierra? «Mi alma se negó al consuelo, decía David; me acordé de Dios, y me sentí lleno de gozo (5). Clamé á mi amada, la tierna Niña, y me dió su gracia; y huyeron de mi frente las sombras del dolor y la tristeza; y su piedad endulzó mi corazón; me dió firme confianza en su poder y sus miradas serenaron mi alma» (6). Desprecio, pues, únicamente damos al mundo, y embriagados en el gozo de María, adquirimos vigor y fortaleza para resistir sus terribles tentaciones: lo vemos por debajo de nosotros, descubrimos sus miserias y desgracias, y en seguida contemplamos gozosos nuestra dicha. ¡Ah, cuán felices siéntense los que aman á la Virgen sin pecado, los que gozan las delicias de su santo amor! Y extático se detiene el pensamiento: todo es luz,

(1) Ps. XLV, 5, LXIV, 10; Benzoni, In Magnif., l. 1, c. 18.

(2) Isa., VIII, 7.

(3) Ps. XCII, 3.

(4) Apoc., XXII, 1.

(5) Ps. LXXVI, 3.

(6) D. Bonav., Ps. LXXIV, V. M.

grandeza y hermosura que arrebató y enajena; y el corazón se ensancha y se dilata en el seno de María. María tan pura, tan santa, tan bella..... ¿Qué valen todas las palabras del lenguaje humano para expresar quién es María ó para indicar siquiera la grandeza del amor que la tenemos? Mas ¡ay! nosotros, ¿quiénes somos para amarla? Y sin embargo de todo esto, la hemos de amar con todo el corazón, en la vida, en la muerte y allá en la eternidad. Su pensamiento llenará todos los momentos de la vida, y después jamás podrá su amor separarse de nosotros. Decíamos que allá en la eternidad la hemos de amar; rebo-samos de contento; nuestro amor jamás ha de acabar, y será tan puro y tan hermoso que colmará de dicha el corazón: parécenos que la eternidad abre sus puertas y extiende hasta nosotros sus bellos resplandores, pues no queremos descubrir ni un punto en nuestra senda hasta los cie-los, que no brille con la luz del amor de nuestra hermosa Virgen. Bien está que al terminar la vida se aumente la luz; así lo esperamos; se descorran los velos, y, asombrados, contemplemos en María encantos y bellezas inefables y que el hombre no puede imaginar: mas, con todo, Ella, objeto de nuestro amor y ternura, será la misma, y por esto, al llegar al pie de su trono, seguiremos siempre amándola y repitiendo sin cesar sus alabanzas.

Ahora ya podemos explicarnos lo que el Evangelio nos dice de Isabel que al oír la voz de María se sintió llena del Espíritu Santo, y la razón de estas palabras: «¿De dónde á mí que la Madre de mi Señor venga á visitarme?» Sentíase muy feliz

con la visita de María, y lo era en efecto, porque el Espíritu Santo había llenado su alma y el gozo más puro hacía saltar al hijo que llevaba en sus entrañas. Si pensamos en la profundidad de las palabras de Isabel, descubrimos un hermoso misterio de la gracia: la operación de Dios en el alma eleva y humilla, alumbraba y confunde, inspira confianza y respeto. Isabel, en un instante conoce el misterio sublime de la Encarnación, y exclama: «¿De dónde á mí tanto bien, que la Madre de mi Señor venga á visitarme?» Dios asimismo la visita; con todo, incomparablemente menos que Dios es María, y, sin embargo, á los pies de esta Reina se rinde Isabel, porque después del Señor es María lo más grande y sublime que han visto el cielo y la tierra. Ahora bien: ¿nos ha visitado María? ¿Nos ha dicho palabras de amor? Preguntamos con esto si somos humildes, si tenemos de Dios y su amor, de María y su servicio, ideas verdaderas, si confiamos en Dios, si á María veneramos: la luz de los cielos derrama todo esto en el alma que alumbraba. ¿Somos humildes? Si no lo fuésemos, podemos más bien que Moisés meter la mano en nuestro seno y saldrá llena de lepra (1); y siendo esto así, ¿de qué se ensoberbece la tierra y la ceniza? (2). Todavía más: la lepra y el pecado. Por otra parte, ¿qué tenemos que no hayamos recibido? Y si todo lo hemos recibido, ¿de qué nos gloriamos como si no

---

(1) Exod., IV, 6.

(2) Eccí., X, 9.

lo hubiéramos recibido? (1). ¿No sabemos que toda dádiva preciosa y todo don perfecto viene de arriba y desciende del Padre de las luces (2), y que María las hace llegar hasta nosotros? ¿Arrojamos en el seno del Señor nuestros cuidados? ¿Ponemos la frente en el polvo que huellan las plantas de María? Si tenemos un testimonio favorable de todo esto, felices de nosotros; cuando el Señor y su amorosa Madre se dignen visitarnos, recogeremos celestiales y copiosas bendiciones, exclamando: «Diste á conocer de mil maneras la magnificencia de tu gloria, y vuelto á mí, me consolaste. Por lo que yo celebraré, al son de instrumentos músicos, tu fidelidad; te cantaré salmos con la cítara, ¡oh Dios santo de Israel! De gozo rebosarán mis labios y el alma mía que tú redimiste al cantar tus alabanzas» (3).

## § II.

María ha sido maravillosamente alabada por Isabel; más bien dicho: el Espíritu Santo es quien ha elogiado su grandeza. ¿Hubiera podido aquella humilde Virgen guardar por más tiempo el silencio que hasta entonces? Sin embargo, su celestial Esposo fué quien asimismo puso en sus labios aquel sublime canto: «Mi alma glorifica al Señor

---

(1) I Cor., IV, 7.

(2) Jacob, I, 17.

(3) Ps. LXX, 21, 23.

y mi espíritu se llena de gozo en el Dios, salvador mío. ¡Oh, qué palabras! Son el lenguaje del más santo y tierno cariño que rebosa un alma llena de reconocimiento y gratitud. El virginal pudor había obligado á nuestra Niña á que callase; mas el Eterno ha revelado sus divinos secretos á Isabel; y en este instante, ¿no preguntaremos con Job: «¿Quién puso diques al mar cuando se derramaba por fuera, como quien sale del seno de su madre? (1). Contemplemos un momento esas impetuosas avenidas del amor de nuestra dulce Madre, y si es posible, quedemos anegados en sus ondas de vida y de salud.

En su divino canto la Santísima Virgen glorifica al Señor por los beneficios que de Él ha recibido, por los que dispensa al mundo, y, finalmente, habla de la Encarnación del Hijo de Dios.

La primera palabra de ese canto es para ensalzar al Señor; mas ¿acaso no se perderá la voz de la criatura antes de llegar al trono del Eterno? ¡Oh! ¿Quién es el hombre, para que pueda darle gloria á su Criador? Dios, en su bondad, se inclina hasta nosotros, escucha con agrado las alabanzas que le tributamos, y las recibe entre el olor del incienso que se quema delante de su altar. Sobre todas las criaturas, María le engrandece y glorifica: se humilla en su presencia, le exalta sobre todo, le da su carne pura, aumenta los hijos de su Iglesia, le alaba y le da gracias; y no bastándole las palabras tan hermosas que le dice, exclama: «Glorifica mi alma al Señor.» Que David mande á

(1) XXXVIII, 8; D. Bern., Serm. in Sig.

su alma que bendiga á Dios, y los santos se exciten al entonar sus alabanzas; en nuestra Niña no tienen lugar ni esta excitación ni aquel mandato, porque siempre se halla dulcemente ocupada en el Señor; su sueño y su vigilia, el trabajo y la oración, todo es un solo cántico de gloria que eleva sin cesar hasta su trono (1); cántico en el que ocupa sus labios, su alma, su espíritu y todo cuanto es Ella. Sublime enseñanza: si alabáis á Dios, que todo vuestro sér lo alabe (2).

Apenas María ha levantado su voz y sus ojos al Señor, cuando los vuelve sobre sí misma. Porque ha puesto los ojos en la bajeza, en la nada (3) de su esclava; por tanto, ya desde ahora me llamarán bienaventurada todos las generaciones. En otro tiempo el Señor vió á Abel, y aceptó sus ofrendas (4); volvió sus ojos hacia los hijos de Israel, y los reconoció por suyos (5); mora en las alturas y ve con amoroso cuidado á los humildes (6). Estas bendiciones de que hablamos, y que Dios, al ver á sus criaturas, les reparte, se hallan condensadas y formando como un círculo de luz que hermosea la frente de María: están sobre Ella los ojos del Señor, aprobando y bendiciendo su humildad profunda (7). Y ¿cómo el Señor pudiera

(1) Hieron. ap. D. Bon. op. Med., c. 3.

(2) D. Aug. in Ps. 148.

(3) Vatab. ex hebræo.

(4) Gen. IV, 4.

(5) Exod. II, 25.

(6) Ps. CXII, 5, 6.

(7) D. Aug. Serm. de Assump.

dejarla de aprobar? Sabe María que es la Madre del Señor y Virgen sin pecado; mas todo quédase en olvido, y piensa solamente que es la esclava del que lleva en sus entrañas: canta las divinas alabanzas, y para engrandecer más cumplidamente á Dios, se retira, por decirlo así, de su grandeza, y se cubre con el pobre ropaje de una esclava. ¿Hay otro nombre más vil y despreciable? Sin embargo, no es solamente la humildad la que hace que vaya descendiendo hasta ese sitio: tiene María que combatir con el Señor (1). En otro tiempo Jacob luchó con un ángel, y viendo éste que no podía vencerle, «con Dios mismo, le dijo, te has mostrado fuerte» (2). Hé aquí el combate de María: hase Dios humillado, anonadándose en el misterio de la Encarnación (3), que es por excelencia el misterio del amor. Ahora bien: ¿cómo pagar amor tan grande? La humillación del Señor nos revela esta grandeza; mas ¿puede acaso el hombre humillarse como Dios? Es el hombre miseria, polvo y nada; y Dios inmenso y excelso, y no tiene fin su grandeza (4). Sin embargo, trátase de humillarse y descender: Dios descende hasta María; María descende hasta la nada, y así es precisamente como se encuentran en el mismo sitio, pues el hombre es nada (5), y Dios ha descendido á él; y llegando

(1) Barber., hic.

(2) Gen., xxxii, 24, 25 y 28.

(3) Phil., ii, 7, 8.

(4) Baruch., iii, 25; Barberiis, hic.

(5) Ps. xxxviii, 6. Sa., hic.

la hora del combate, ¿quién sabrá vencer? Dios y María quedan vencidos, si lícito es decirlo, y ambos también quedan vencedores. Jacob decía al ángel: «No te dejaré», y con todo, fué el ángel. No sucede así con nuestra Niña: ha vestido á Dios de su dorada carne, y Dios nunca dejará el vestido que le dió María; hé aquí el triunfo soberano de esta Niña. El Verbo, al entrar en su seno virginal, no era hombre; mas no saldrá ya de él sin que se diga: «El Verbo se hizo carne.»

Veamos ahora el triunfo del Señor. María se esconde en el impalpable fondo de su nada. ¿Quién será capaz de dar con Ella y llamarla por su propio nombre? Solamente Dios, á cuya vista no hay criatura invisible, pues todas están desnudas y patentes á sus divinos ojos (1); Dios, que tiene igual imperio sobre todo lo que existe, y en cuanto está privado de la existencia, y llama las cosas que no son, del mismo modo que las que son (2). Nuestra Niña, pues, se ve obligada á exclamar con el Profeta Rey: «Admirable se ha mostrado tu sabiduría en mí: se ha remontado tanto, que es superior á mi alcance. ¿Adónde iré que me aleje de tu Espíritu? Y ¿adónde huiré que me aparte de tu presencia? Si subo al cielo, allí estás tú; si bajo al abismo, allí te encuentro. Si al rayar el alba me pusiere alas, y fuese á posar en el último extremo del mar, allá igualmente me conducirá tu mano, y me hallaré bajo el poder de tu diestra. Tal vez las tinieblas, dije, me podrán

(1) Heb., iv, 13.

(2) Rom., iv, 17; Menoch., hic.

ocultar; mas la noche se convertirá en claridad para descubrirme.... Porque las tinieblas no son oscuras para ti, y la noche es clara como el día: oscuridad y luz son para ti una misma cosa» (1).

Sea, pues, lo que fuere del combate, lo indudable es que el Señor ha dicho que está herido (2); y María, que descendió á un abismo profundísimo, sube de su fondo, sostenida en brazos de su amado (3). Combate glorioso y muy feliz, en el cual aquel que triunfa lleva cadenas, aunque sean de amor, y el laurel de la victoria ciñe la frente del vencido, y este laurel es el premio y rico galardón de la humildad de la incomparable y santa Virgen; por esta humildad la llamarán dichosa todas las generaciones: todos los pueblos se han prostrado delante de su altar, y han alabado su bendito nombre. Hé aquí cómo el mundo ha cantado su gloria. Yo te exaltaré, ¡oh Madre del Hijo de Dios, y todos los días entonaré tus alabanzas! Las generaciones y los pueblos alabarán tus obras: las islas esperan tu clemencia: los ángeles rebosan la abundancia de tu dulzura y glorifican la suavidad de tu espíritu: nuestros ojos esperan de ti el alimento. Yo cantaré tus grandezas, y mi lengua te alabará sin descanso (4). ¿No es esto por lo que el Señor aun tiene fijos en María sus divinos ojos, contemplando la humildad de su alma inmaculada?

(1) CXXXVIII, 6, 12.

(2) Cant., IV, 9.

(3) Idem, VIII, 5.

(4) D. Bon., Ps. 144.

El Señor ha visto, lleno de complacencia, la humildad de nuestra hermosa Virgen; y ¿nosotros no nos detendremos también un momento á contemplarla? ¡Quién no admirará la riqueza de virtud que encierran las palabras de María: «El Señor ha visto la nada de su esclava»! Tanta sencillez en medio del brillo deslumbrante de su divina maternidad; sentimientos tan humildes cuando sobre Ella llueven las bendiciones del Señor; esa industria verdaderamente inspirada con que sabe volver gloriosos para el Eterno los mismos dones con que se ve favorecida. ¡Cuán grande aparece á nuestros ojos su admirable virtud! Nuestra propia conciencia, tal vez lo que nos ha pasado, hácenos ver la dificultad que hallamos en rendir á solo Dios toda la gloria que le corresponde, y en poder decir con verdad: Al Señor Dios nuestro la justicia, mas á nosotros la confusión de nuestro rostro (1). Esto, sin embargo, no es para María un trabajo, sino la primera salida del impetuoso torrente de delicias que brota de su corazón en el día de su gloria. Humildad tan grande nos encanta y enajena: sus palabras nos presentan una inimitable antítesis: cantan la magnificencia del Señor, mientras nos hacen contemplar la pequeñez, la nada de una esclava; iluminan, si podemos decirlo, el poder y santidad divinas del Criador, y envuelven entre oscuras sombras á María. Pero ¿no es acaso Ella quien nos dice que el Omnipotente ha hecho en su favor grandes maravillas? María, en efecto, es

(1) Baruch., I, 15; II, 6.

quien lo dice; mas desde el fondo de su propio sér entreabre los vivos resplandores de la luz que la rodean, y hace que la veamos en sí misma: criatura solamente que salió del abismo de la nada, y que todo cuanto tiene, desde la existencia, pertenece á Dios; que todas las gracias que la adornan son dones del Señor, y forman el ropaje de salud, el manto de justicia, las joyas, en fin, que en su amor le ha regalado (1); y prueban cuán liberal y bondadoso ha querido ser con una esclava, á la que tiene coronada de gloria y de grandeza.

Cautiva y enamora el corazón la humildad de nuestra santa Niña; y es que, á más de las bellezas que venimos contemplando, esa humildad nos permite llegar hasta María. ¿No somos nosotros también pobres esclavos? Llevamos, pues, el mismo nombre, somos sus hermanos, y, por tanto, podemos llegarnos hasta ella y confiarle los dolores y penas que sufrimos. Cuando un hermano habla con su hermana, y ésta escucha sus palabras, y ve que se interesa por su bien, ¿no es verdad que se aligera el sufrimiento y queda desahogado el corazón? Y si pensamos quién es la hermana que oye las tristes narraciones de nuestras penas, y á cuyos pies nos hemos acercado en busca del alivio, ¿podremos siquiera imaginar los consuelos inefables y el cariño con que sabrá disipar el dolor que nos oprime? Ciertamente que María es la esclava inmaculada del Señor, y nosotros lo hemos sido del pecado; con todo, esto solamente

(1) Isa., LXI, 10.

la vuelve más tierna y compasiva con el hombre: ¿cómo pudiera no moverse á nueva y muy grande compasión al descubrir lo terrible de los males que sufrimos? Y nosotros mismos, sabiendo lo mucho que nos ama, no pudiendo olvidar la ternura de su pecho, ¿dejaríamos de hablarle con franqueza, sin llamar vivamente su atención, sin pedirle su amparo y su clemencia? Nosotros le hablaremos, porque á nuestra hermana el Señor le ha dicho: «Ven del Líbano, esposa mía, ven del Líbano; ven y serás coronada; ven de la cima del monte Amana, de las cumbres del Sanir y del Hermón, de esos lugares, guarida de leones; de esos montes, morada de leopardos (1). Somos la corona de María; por cierto, bien pobre y obscura; mas con todo, ¿Dios no hará que Ella, rodeada de sus hermanos, sobre éstos descuelle, como un alto cedro entre pequeños árboles en el monte del Líbano, y cual hermosa palmera cercada de renuevos y racimos? (2). Aquel cedro nos cubrirá con su apacible sombra; esta palmera nos dará su regalado fruto. ¡Sombra de María, yo te bendigo! ¡Fruto de su seno, yo te adoro!

Nuestra Niña continuaba en estos términos su divino cántico: «Ha hecho en mí cosas grandes Aquel que es todopoderoso, cuyo nombre es santo, y cuya misericordia se derrama de generación en generación sobre los que le temen. ¡Cuán grandes é incomprensibles son las maravillas que por María y en María ha realizado el Señor! Dios

(1) Cant., IV, 8; Rup., hic.

(2) Ecci., L, 13, 14.

no puede ser engendrado sino por Dios mismo; de otra suerte, ¿qué recibiría de su principio? ¿Cómo una criatura puede llevar en sus entrañas á Aquel que la sacó de la nada? El Hijo de Dios es Unigénito, de tal suerte, que ni el Padre jamás engendra otro Hijo, ni el Hijo tiene otro principio que su Padre. ¿Cómo puede ser fecundo el seno de una Virgen sin que el humano aliento empañe su pureza? ¿No son todos estos prodigios estupendos é inefables, cuya grandiosa ejecución hizo que el Omnipotente desplegara toda la fuerza de su brazo? Esto nos muestra las admirables operaciones del Señor: el Espíritu Santo que desciende; el Padre que cubre con su sombra á su Hija predilecta, cual si fuese necesario el misterio, el silencio, para poder llevar á efecto sus designios; y haciéndonos callar sobre lo dicho, la profunda veneración que á Dios rendimos en sus obras, contemplamos solamente que los ojos del hombre no pueden ver tan pura y viva luz, ni su corazón jamás comprende esos misterios: el Hijo de Dios haciéndose hombre en las entrañas de María (1). Hé aquí cómo la luz se derrama sobre todos los portentos que admiramos, y nos muestran la virtud de Dios brillando sobre la hermosa frente de María con toda la Real magnificencia de su lujo y poderío.

Si María nos ha hecho contemplar primeramente el foco de la luz, descúbrenos después sus apacibles y dilatados resplandores, que traspasando el tiempo, tocan el confín de la gloriosa

(1) D. Bernardín., Serm. LXII.

eternidad; la misericordia, el poder, la gracia y la verdad divinas, que brillarán en todas direcciones en el mundo, por la Encarnación del Hijo del Eterno, y serán también fuentes de vida que salgan del seno inmaculado de María, verdadero paraíso del Señor; su misericordia derramándose de generación en generación; su poder deshaciendo las miras del corazón de los soberbios y ensalzando á los humildes; su largueza colmando de bienes al hambriento y despidiendo al rico con las manos vacías; su verdad dando cumplimiento á la promesa hecha en otro tiempo á nuestros padres, á Abraham y á su descendencia por los siglos de los siglos. Nadie puede vadear tan caudalosos ríos; bástenos junto á su orilla contemplar sus imponentes y espumosas olas, la profundidad de sus aguas y la variedad indescriptible de su curso; esa misericordia se extiende á todos los hombres que Dios quiere que se salven y vengan al conocimiento de la verdad (1); ese poder, grande y admirable, por el que ha hecho que los necios confundan á los sabios, los flacos á los fuertes, escogiendo las cosas viles y que eran nada para destruir las que son al parecer más grandes (2); esa largueza, que le hizo elegir á los pobres en este mundo para hacerlos ricos en la fe y herederos del reino que tiene prometido á los que le aman (3). Contemplemos, finalmente, en la verdad de la que hallamos escrito: «La verdad salió

(1) I Tim., II, 4.

(2) I Cor., I, 27, 28.

(3) Jacob, II, 5.

de la tierra (1), de esa tierra virgen que es el seno de María, y que, prometida por Dios á nuestros padres, cumple su promesa cuando nuestra Niña la ha vestido de su carne inmaculada.»

Nunca la inspiración brotó con más plenitud y pujanza que en este maravilloso cántico, al cual no pueden habituarse nuestros oídos, después de diez y ocho siglos que suena en el mundo, y cuya predicción están cumpliendo más y más nuestros fieles labios. Todo el soplo profético que respira en los inmortales salmos de su Real antepasado, se halla con ventaja en el alma de María. Y lo que más admiramos en el Canto de la Hija de David, es la humildad de quien lo profiere. Que tenga ese carácter de grandeza y majestad el que pronuncia Débora ó Judit, se comprende fácilmente, según la osadía que muestran en sus obras; pero María, la humilde María, la esclava del Señor, que no tiene más sentimiento que el de su bajeza, ¿de dónde ha tomado esos arrebatos, esos acentos de gloria, de grandeza, de poder, que se acumulan en su boca, que alaban al Omnipotente como nunca lo ha sido por criatura alguna, y que, envolviéndola á Ella misma en su esplendor, la presentan á sus propios ojos como objeto de la veneración del universo y testigo el más glorioso de la grandeza de Dios que ha ensalzado? (2).

Nuestra Niña ha formado su cántico para todos y cada uno de sus hijos, y hé aquí un rasgo brillante y peculiar de su inspiración, que admira y

(1) Ps. LXXXIV, 12.

(2) Nicolás, La Virgen por el Evangelio, c. XI.

arrebata el alma al pronunciarlo; esto es lo que nos hace hallarlo siempre nuevo y repetirlo sin descanso llenos de gratitud, de amor y de entusiasmo. No es María, somos, sí, nosotros los que hablamos. ¿Quién es el que no ha sentido caer sobre su frente las amorosas miradas del Señor, ó á favor de quién Dios no ha hecho grandes cosas? Y el amor y la ternura ¿nos dejarían de conmover profundamente? Las lágrimas saltan por sí mismas de los ojos, y mandamos al cielo abrasados afectos del amor más puro. ¡Ser tan miserables y dignos de desprecio, y con todo, vernos objeto del cariño y singular providencia del Señor! Formarán ante nosotros espléndida y numerosa procesión todos los beneficios y las gracias que tenemos recibidos, y entonando juntamente alabanzas al Eterno, nos llevarán hasta su trono, haciéndonos sin descanso repetir: «Nuestra almas engrandecen al Señor, y nuestro espíritu salta de placer en Dios, su salvador.»

María, nos dice el Evangelio, se detuvo con Isabel como tres meses, y después volvió á su casa. Estas palabras, y todo el misterio de la Visitación, nos dan una enseñanza de virtud, al tiempo mismo que descubren la santidad de nuestra Niña. Trátase de socorrer al prójimo, y María deja su morada y viene á permanecer en casa de su prima un tiempo dilatado para prestarle los obsequios y atenciones que el amor la exige, porque su caridad es generosa, longánime, y sabe coronar con la paciencia sus nobles empresas. En cuanto á nosotros, hé aquí lo que pasa: hacemos el bien á nuestros hermanos, mas no volamos en